

Vincerò!



Victoriano J. Peralta



Palabras del autor

Según se ha dado en contar el tiempo, lo que es como querer contar las olas del mar o poner número a las nubes, era en un triste mayo cuando empecé a escribir la primera obra del verano que siguió a aquella fría primavera; al año siguiente nació un libro de sueños y cuentos enfocados por los cristales cóncavos y a la vez convexos con los que recordamos los recuerdos.

Los *Cuentos del Circo* son como aquellos discos que poníamos en el *pick-up* en el que, además de la canción, sonaban las motas de polvo, los arañazos y las huellas que íbamos dejando la tropa de amigos que los manoseábamos. Nuestros ojos sabían leer cada canción como lo hacía la aguja de diamante que vibraba al recorrer los infinitos surcos extrayendo versos de amor o de desengaño o para conectar sus mágicas y enigmáticas notas musicales con nuestros pies y hacerlos bailar o estremecernos o llorar según daba vueltas y vueltas esa especie de negro tiovivo de vinilo que acompañó al primer romántico amor de los quince años.

De esa manera quedaron hechas palabras las canciones en ese libro de mi trasnochada niñez antes de que, sin darme cuenta, una mañana desperté adulto y creyéndome sabio porque ya desecharía la telaraña que, como un columpio, sostenía los recuerdos de la pizarra de la escuela y los juegos del recreo.

Retrocedí a esos años en el cénit de la primavera, en ese fugaz momento de imperfecta perfección en que la juventud se cree eterna como el firmamento, irrumpió *Stellae*.

Este libro es una ópera. No lo puede cantar cualquier garganta ni nació para el cansado tocadiscos; es música para *ballet*, imágenes de constelaciones, barcos perdidos, juguetes, hadas y toda suerte de seres encantados cuyo rostro iluminan las lámparas de araña del teatro.

Me quedé dormido en el patio de butacas y no sé cuántos días pasaron con sus noches; ya sabéis que los sueños paran los relojes. Jugué a ver con los ojos cerrados cómo acudían alrededor los contrabajos, tubas, fagots, timbales, un arpa, veinte violines...

Aprendí a hablar en su lengua y los iba conociendo por el olor, el tacto, el calor o el frío de sus metales, cuerdas y cuidadas maderas. En esas luces y sombras fui garabateando en mis libretas una apertura interrumpida por el *scherzo* y el minué.

Gracias por estar sentado en esta platea y escuchar la música de estos personajes maravillosos que me narraron sus intensas vidas a las que yo he intentado hacer sonar, sin que mi mano se asemeje a la aguja de diamante del *pick-up*, como una sinfonía a la que he llamado con el grito de un verso que contiene solo una palabra: «*Vincerò!*».

LIBRETA PRIMERA

ALLEGRO

1

Los cuentos ciegos

«Mi misterio está encerrado en mí.
¡Mi nombre nadie sabrá!».

Nessun Dorma (aria de la ópera *Turandot*)

A veces le desaparecían los pies y no lograba recordar si se los había prestado a algún personaje o los actores se los habían escondido burlonamente por haber salido cualquiera de ellos malparado en alguna historieta.

Descubrió el Escritor que volvían ellos solos, caminando de puntillas, si al final de la página escribía: «El Escritor de Cuentos recogió sus zapatos, con sus mojados pies dentro de ellos, que había perdido en la orilla del lago o los encontró en el desván de los muebles antiguos o en los pedales de la bicicleta en la que habían quedado atrapados, según por donde hubiesen transcurrido los inescrutables andares de su imaginación».

Aquel día lo que había perdido durante la noche fueron los ojos. Intentó regresar a los sueños, pero el camino de estos se cierra con siete candados antes de despertar y puede volver o no, a su capricho, cualquier otra noche, cualquier otro año o nunca resucitar.

Gruñó la silla que estaba a su lado y oyó la voz de María. Ella se acercó a besarlo y su cabello le acarició la frente.

—¿Dormiste bien? ¿Te ocurre algo?

—Nada. Mis ojos se quedaron perdidos en la *Libreta de los sueños*.

María le acercó el café.

—Es un juego, ¿verdad?

—Puede ser un juego o no serlo, ya lo dirá el tiempo.

—¿Qué dices? ¿No puedes ver? ¡Vamos al médico!

—No. Déjalo estar. Es mi personaje; soy mi personaje.

Nunca había reparado en que hasta la biblioteca había veintisiete escalones. Antes de cada paso, esperaba a que su perro chasqueara al rozar las uñas cada peldaño.

Cuatro pasos y palpó la silla; esta protestó cuando la desplazó con brusquedad. También Copi notó algo raro y ladró.

—Ssssssssssilencio. ¿Qué os pasa?

El asiento no refunfuñó más, y el perro le lamió en un zapato; a él le pasó desapercibido.

Había decenas de libretas de cuentos y cientos o miles de relatos que se empujaban en su mente para ser escritos. De la cajita que había a sus pies sacó una libreta nueva, tanteó por el tablero hasta encontrar un lápiz; comprobó que tenía punta y pensó en cómo escribiría: la mano izquierda sujetaría la hoja y marcaría con sus dedos el sendero a la derecha para escribir de cinco en cinco los renglones. Meñique en la línea uno. Anular, la dos; corazón, índice y pulgar señalarían al lápiz el camino correcto. Se repetiría el orden M, A, C, I y P tres veces en cada página.

En el primer párrafo, entre meñique y anular, escribió: «Termina el día y mi nueva oscuridad; ahora sé cómo huelen mis libros. Derramé el tintero y en mis manos se posaron miles de letras no escritas todavía; unas gotas cayeron en mi ropa y se perderán, pero las que han pintado mi piel emergerán como palabras».

2

Días cero

Corrían los años 1920

Ya nadaba en la oscuridad antes de nacer, su cuerpo era el de un pez. Así ha sido durante millones de años para todos los embriones. Noches de reposo en agua calma, marejada al subir la madre las escaleras balanceándose la pecera en su vientre.

Come, y ombligo arriba sube el azúcar.

Se va hinchando, cada vez se hace más grande el embrión y lo aprietan las paredes de la pecera que a veces se estremecen por un llanto o se acelera el tambor de los ventrículos porque afuera hay alegría y fiesta.

Se iban modelando la frente y las mejillas; detrás de los minúsculos ojos aparecía una luz redonda y amarilla.

De todas las semillas que despertaban cada veintiocho días, hace nueve lunas Josué fue el elegido. Ahora, ahí estaba, grande y amarilla, la luna llena en sus apagados ojos.

En la novena luna comenzó el temporal; desde todos los siglos, tras la tormenta del parto, los embriones se llenan de luz y olvidan la gran esfera amarilla de detrás de sus pupilas.

El personaje no vio otras luces.

Sin cordón, su sangre se hacía morada, ya no podía respirar ni bucear en la pecera rota. Una fuerza tiraba del bebé ciego, atraído por el centro de la Tierra.

Se acunó en unos brazos. Tenía frío y al tiritar se abrió un agujero en su cara por debajo de la luz dorada que seguía encendida en el fondo de sus ojos. Le entró una bocanada de aire por la boca enrojecida; también se le sonrojaron las mejillas y sus diminutas manos.

Notaba que tenía cuatro aletas y por el agujero rojo que había debajo de la nariz chupaba un líquido de azúcar que lo transportaba al sueño; ahora lo envolvía una gran bola de fotones atrapados detrás de los verdes ojos ciegos de Josué.

Cuando tocaba baño, su cuerpecillo percibía por primera vez la sensación de la lluvia; después, el olor a hierba de la colonia teñía de verde la negra luz.

Cerraba los puños apretando sus dedos de juguete como raíces que penetran en la tierra aferrándose a la vida. Se agarraban al fuerte dedo de la madre como los pajarillos a la rama y este minúsculo abrazo despertaba una sonrisa en Clara mientras lo amamantaba. Después, una lágrima derramaba pena cuando abría con mimo los párpados de Josué y lavaba sus opacos ojos con manzanilla, con romero, con agua del mar.

El doctor prescribió ungüentos y las vecinas apósitos con hojas de laurel, con jalea real.

Le pincharon con un estilete que llegó hasta la luna amarilla de detrás de sus ojos ciegos y descarnó un cráter con una gota de sangre roja.

Se oían los silencios y los llantos ahogados.

Sentenciaban las voces:

—Sube las persianas. ¡Que le dé la luz! ¿Hace algo? ¿Nota algo?

O:

—Prueba con la linterna roja. ¡Ponle calor! ¡Ponle hielo!

Y:

—¡No le des de mamar tu leche!

3

El ama de cría

Ella no acariciaba las pequeñas hebras de su cabello; en el pecho del ama de cría sonaba otra percusión que no era melódica como la de las válvulas del corazón de su madre.

Clara lloraba, desolada por no haber sabido moldear unos ojos transparentes para su niño ciego. Se sentaba en la silla del rincón y hablaba a su hijo con dulzura para que aceptase el alimento de la madre impuesta. Mientras, sus pechos se marchitaban.

Un mes después ya se habían secado las fuentes, y el pequeño seguía sin distinguir las formas, ya fuesen de los muñequitos que Clara le hacía de todos los colores imaginados, ni tampoco señalaba ni se inmutaba cuando salían de paseo ante el intenso resplandor del lago con el sol de mediodía ni agitaba su cabecita en busca de las campanillas del sonajero.

Nadie, excepto la madre, se daba cuenta de que el niño sí percibía cualquier cambio en las cosas invisibles, como cuando las enfadadas voces de su padre hacían romper en pucheros sus mofletes y las lágrimas se le clavaban como cristales en sus ojos muertos para la luz.

Sonreía cuando Clara lo bajaba al establo; al verlos, el potro se alegraba y parecía saludar con un relincho, entonces Josué lo buscaba con la nariz, con los oídos, moviendo sus pequeños brazos como las alas del pajarillo que chapotea en la fuente.

Ayudado por su madre, deslizaba sus miniaturas de manos por el lomo de Jorge, el caballo. Clara tocó la crin, sus dedos parecían peinarla o tejerla.

El potro protestó, y el niño estalló en una carcajada que sonó como una bandurria con compases sin orden, desafinada pero llamando a la fiesta.

También se rio Clara y apretó a su hijo entre sus brazos y sus secos pechos hasta que casi no podían respirar. Les dio hipo y más risa, que se mezclaba con lágrimas, con el sudor de los dos y con la saliva todavía con sabor a la leche agria del ama.

Montaron en Jorge y cabalgaron lejos, cruzaron a la otra orilla del río, allá donde los montes no dejan pasar el sonido de las campanas de la iglesia, los animales son salvajes, los árboles son gigantes y a donde no llegan vecinos ni doctores.

Se hacía la noche y buscaron refugio en una solitaria casa de la única huerta que alguien cultivaba en un descampado. A Curro, el labrador, se le antojó que una diosa cabalgaba en busca de la luz del candil de su casa. La aparición traía un niño en brazos.

La vaca del hortelano se llamaba Caprichosa y esa noche, tras ordeñarla para que comiera el pequeño Josué, compartió pesebre con el joven caballo.

Curro preparó sopa de cebolla con huevos una vez que comprobó que Clara era humana y que tenía hambre y frío. Acomodados junto a la lumbre, hablaron del bosque, de sus caminos y misterios, de la triste y alegre soledad, de las dulces y amargas compañías.

Clara no se atrevió a decirle que echase una manta al espantapájaros, porque le parecía que lloraba bajo la llovizna. Vio que la luna llena se le había posado encima, como para darle calor.

Josué eructó, agradeciendo la leche recién ordenada de la vaca Caprichosa. Los ciegos ojos se le cerraban de sueño.

4

Gritos

El potro galopaba, montado a pelo y sudoroso, cuando olió y finalmente divisó su establo. Cabalgaba a casa con Clara, amazona con un niño de pecho estrujado en su escote. El caballo relinchó mientras movía los radares de sus orejas, tal vez observando la inclinación de las sombras en el sol de la mañana; una nube salía por la chimenea de la casa, cacarearon las gallinas al reconocer a su granjera, egoístas y enfadadas porque tardaba su desayuno.

Antes de desmontar empezaron los gritos. El potro se puso de manos, y Clara se escurrió por la ladera de su lomo hasta caer al suelo con violencia. Josué notó el áspero pelo de la cola en su frente y en su pequeña nariz antes de percibir el sabor a sangre en los labios.

Siguieron más gritos y el llanto de Clara prendió en llamaradas que le quemaban las sienes a Josué. El padre, colérico, levantó la mano y este fue el último gesto que vio Clara antes de que se interpusiera el caballo y lo derribara. Sin dejar de gritar y maldecir, el cobarde se arrastró como un reptil hasta la camioneta. El niño sollozaba sin consuelo, y la joven madre se mordía los labios hasta rompérselos, queriendo llorar sin hacer ruido.

Con el paso de los días se le fueron secando las lágrimas igual que antes se habían secado los pechos. Llegó la primavera, el cálido verano... Al invierno siguiente se renovaron las ganas de vivir.

Ya solo llorarán cuando oigan gritos.

Nunca regresó el coche.

5

El buque negro

El Escritor palpaba el lápiz cuando entró Shota.

—¡Qué bien me vienes! Mira que tenga punta, que ya me pasó una vez, ¿te acuerdas de que seguía escribiendo con la madera del lapicero?

—¿Has terminado, papá?

—Sí. Fin del capítulo.

—Todavía pinta bien, pero vas por la mitad de la página.

—Por el segundo dedo corazón, ¿no? Son ocho renglones, pero el personaje tiene que descansar y yo también.

—Vamos a elegir en la clase. ¿Qué instrumento puedo tocar, papá? ¿Cuál se parece a mí?

—Cuando tenías la edad que ahora tiene Josué en el cuento, te expresabas como una flauta. Ahora suenan tu voz y tus pasos alegres como la guitarra.

—¿Y cuando sea mayor?

—Cuando tu cuerpo se estire, creo que serás trompeta, te oirás como un timbal cuando te cambie la voz.

—¿Y piano?

—Hijo mío, te quedan años por vivir, alegrías y penas que pasar antes de que te parezcas a un sereno piano. Tendrás que aprender de los buenos amigos, te enamorarás y entonces entenderás los sentimientos que se encierran en cada tecla y por qué unas son blancas y otras negras. La flauta es como

una casa: pequeña, sencilla, todo está a mano. La guitarra tiene una panza que es como la plaza de un pueblo en la que retumban las conversaciones ruidosas de los vecinos, pero también guarda los susurros secretos de los novios. Los violines son torres, con sus aves y campanas cerca de las nubes; son ligeros y voladores ¡Ojalá seas algún día violín!

—¡Pues yo quiero ser piano!

—Todavía no puedes, Shota, es muy largo el camino para ser piano. El piano es el tiempo que lentamente lleva el viento de uno a otro continente.

—¿Como un barco con el casco negro?

—¡Eso es! Tiene forma de buque y es de todos los colores, porque el negro es la suma donde están todos. ¡Haz la prueba con tus lápices! Las que no tienen color son las teclas blancas, para que pesen menos cuando se hacen velas si el barco las necesita.

Bajaron a cenar por la misma escalera, los peldaños eran de blanco mármol para Shota y teñidos de sombras para su padre.

6

Gallinas, cerditos, vacas, terneros

Por si acaso la luz que rebotaba en la cuna pudiera penetrar la piel de Josué y trastornar su sueño, Clara bajó las persianas y en la penumbra palpó los latidos del pequeño corazón de su niño, que se iban tranquilizando.

También las gallinas habían callado el soliviantado cacareo y ahora paseaban tranquilas a sus pollitos amarillos, a los que Josué imaginaba como lucecitas verdes. También se le dibujaba en tonos verdes el piar del sonajero. ¿Eran los pollitos los que estaban colgados en el cabecero?

Su madre no olía como las gallinas. Imaginaba en blanco el olor a jazmín y acertaba.

A la hora de mamar, la cara del niño se contraía al acercarlo a la teta del ama de cría; buscaba, sin saber cómo, mirar a su madre. Clara recordó cuánto le había gustado al pequeño Josué la leche recién ordeñada de la vaca de Curro, el hortelano.

Tenía tres meses y la bañerita de bebé le quedaba pequeña, así que se las ingenió y, sin tocar sus ahorros para comprar un carrito, fabricó un cochecito de paseo usando la carretilla del jardín; hizo una pequeña colchoneta con el relleno de media almohada que puso en el improvisado carricoche.

Después cogió la hucha y se fueron de paseo. Al llegar a la granja rompió el cerdito de barro. Este saltó en tres pedazos y salieron muy bien doblados unos cuantos billetes de varios colores, se oyó un tintineo que hicieron, al ver la luz y saltar, juguetonas, dos puñados de monedas que habían dormido en la barriga de barro del cerdito, algunas durante muchos años, desde que Clara vivía con sus hermanas y peinaba trenzas color castaño, el mismo color de los ojos que ahora se le humedecían por la pena; apretó su vientre, castigándolo, castigándose por haber parido unos ojos verdes ciegos.

La pequeña fortuna se invertiría en que Josué se alimentara con los caudales que habían brotado de las entrañas del juguete. Le dio pena al ver los restos del muñeco que tantos años la había acompañado y cuya cabeza la observaba desde el suelo. Lo recompuso como pudo y lo acostó en un cómodo hoyo que ahuecó en la paja en un rincón de la zahúrda en donde parecía que calentaban más los rayos de sol. «Si viviésemos un cuento, si un día cobrase vida, jugará el cerdo-hucha con sus hermanos lechones y se enganchará a mamar en la más rebosante teta de la más hermosa cerda», fantaseaba, infantilmente, Clara.

Contó en total tres mil pesetas y en calderilla, doscientas ocho.

Preguntó por don Asís, el veterinario.

—Buenos días —saludó—, quiero comprar una vaca que tenga un ternero de tres meses.

—Esa que ve junto al vallado es la Señorita. Como es primeriza no tiene mucha leche, casi toda la chupa Torito, que es su becerrillo.

—Con dos litros que le sobren para mi hijo, podré despedir al ama de cría. ¿Cuánto cuesta la Señorita?

—¿Cuánto tienes? —preguntó don Asís.

—3208 pesetas.

—Justo el precio que le iba a poner; tres mil la vaca y doscientos ocho el ternero.

El veterinario acercó a Josué y Torito para que se olieran. El becerro le hincó el hocico y con un lengüetazo lavó la cara del niño.

—¿Cómo se llama el pequeño?

—Josué.

—No dejes que te haga eso, Josué, que Torito es muy bruto, y mira que ya le apuntan las astas; cree que eres otro ternero y, aunque haya sido un beso, te puede hacer daño.

—No puede verlo, mi hijo es ciego.

Durante unos segundos, Asís sintió latir al revés su corazón. Disimuló, se sobrepuso y cogió las pequeñas manos del niño para decirle:

—Pues, entonces, ¡tócalo, chúpalo tú también! Y ahora vais a mamar los dos como gemelos.

Tomaron su almuerzo y, al terminar, la Señorita bajó la cabeza hasta sus ubres y dio un lametón a su nueva cría.

—No te asustes, pequeño, ya te he dicho que son besos.

Clara sonrió cuando vio que la vaca hacía lo que nunca había visto hacer al ama.

Dijo don Asís:

—Mañana se la llevo a casa en la camioneta.

—No, se vienen conmigo, pasaremos para que vaya conociendo el camino y se acostumbre a mis pasos y a mi voz. Don Asís, ¡nunca la voy a tener atada! Así, si no le gusta su nueva casa, podrá volver sobre sus pasos y yo compraré leche en la tienda.

—Llámela, responde por Señorita. Si le enseña una brazada de alfalfa, se irá detrás de usted.

—Gracias; aquí tiene su dinero.

Fue desdoblando los billetes sobre una espuerta y, como arras, pasaron las monedas ahorradas de unas a otras manos.

—Ya iré a visitarlos. ¡Ah!, se le olvida el biberón.

—No hace falta; le gusta más la teta.

En el camino de vuelta, Josué no quería ir en la bañera-cuna-carretilla. Clara se las ideó para desplegar con su vestido una bolsa marsupial en su escote; feliz y con siete ojos guiaba a sus nuevos huéspedes, el Torito y la Señorita. Pensó: «Necesito siete ojos, somos cuatro y solo tenemos seis».

Desde dentro de su pecho se oyó:

—¡Ma!

—Soy mamá, Josué, ¡tu mamá!

—¡Ma!

Lo sacó a la luz que él no podía ver y le dio el beso número cuatrocientos de ese día. Entonces sonó una carcajadita.

—¡Dilo otra vez!

—¡Ma!

Eructó el bebé y por las comisuras de sus labios se derramó una luz blanca derretida en dos pequeños arroyos de leche de la Señorita.